

XVIII.

COMO SE HACE LA COLADA EN FAMILIA.

La peripuesta y cortés acompañadora de la Needle en la perigrinación entusiasta á la tierra prometida de los valdenses, recibió del pastor una instrucción especial, según los deseos de ambos, contraria enteramente á las intenciones sencillas y devotas de la inglesa. Queríase nada menos desacreditar lo posible á la Tabla valdense y á todos los que á ella pertenecían, para desposeerla de los generosos auxilios de la Sociedad bíblica, y encaminarlos al *evangelismo* independiente, si se presentaba coyuntura propicia. El oculto motor de semejante intención era precisamente andar el va-

leroso ministro en punta con la Tabla; era el combate tanto más desconocido por los profanos, cuanto más enconado en la familia. No podía sufrir la deshonra de haber sido en pleno sínodo tachado (justamente) de racionalista, de incrédulo, y de otras máculas de color obscuro, que después corrieron por tribunales civiles.

Al objeto no podía servirse de instrumento más á propósito que de Elvira. Estaba ésta á matar con el ministro, no precisamente por amor á una religión más que á otra, sino porque la vanagloria de aquellas cabras montesas de los Alpes la ofendía, siendo, como era, grandemente defensora del protestantismo toscano, libre de trabas. Armábase hasta los dientes de libelos furibundos contra las dos facciones; conocía perfectamente los lados débiles del *valdismo* del país, y además de la historia falseada, referida con el guirigay de la secta para uso de los patanes, conocía la historia real. Parecíale mentira poder deshogarse un poco, aprovechando la ocasión de confiar á una inglesa su bilis político-religiosa. He aquí por qué, apenas se vió acomodada en el coche que la debía conducir á Pinerolo, cumplidas las usadas ceremonias del buen tono, puso valientemente ma-

nos á la obra concebida. Le proporcionó una ocasión mistress Needle, porque habiendo dicho cuán feliz se consideraba contemplando con sus ojos el oasis del desierto italiano, la Elvira, como si nada se propusiese, comenzó á decir:—Gran providencia de Dios ha sido para nuestra patria que, en medio de las densísimas tinieblas papales, quedára un puñado de fieles que nunca doblaron las rodillas á Baal: lo confieso, doy gracias al Señor. Mas ¿qué quereis? Hemos tenido una desventura que nos perjudica extraordinariamente, y que á poco más nos corta los nervios de la predicación.

—¿Qué desventura? preguntó mistress Needle, toda conmovida.

—Mirad, señora; si el faro de la luz se hubiera puesto en mejor lugar, en Toscana por ejemplo, toda Italia lo hubiese saludado ya, siendo conducida indudablemente á puerto de salvación. La desgracia está en los Valles no pueden ser la ciudad colocada en el monte, por lo cual la luz *valdense* no será nunca la lucerna que brilla en el candelero, sino más bien la tapada por el celemín.

Mistress Needle no pudo traslucir á dónde iba á parar este juego de palabras escriturarias, y pidió una explicación. Elvira

repuso más claramente:—Quiero decir que este pueblo, perdido en un ángulo del Piamonte, no podrá nunca lanzarse convenientemente al apostolado. Se trata del pueblo más inculto que habita en toda la Italia. Será laborioso, militar, matemático, comerciante, cuanto querais; mas en materia de artes y de letras es *antidiluviano*; es toscano hasta el punto de que aun las personas civilizadas, queriendo hablar en italiano, nos crisan los nervios; los campesinos no comprenden ni una letra del idioma nacional, ó toscano, por lo que sus sacerdotes en el campo predicán en su dialecto. ¡Oír es preciso este dialecto! Una mezcla de francés, de provenzal, de longobardo, de sarraceno, de qué se yo. Era tanta su persuasión de que no debían ser italianos, que en Turín, en Turín, notadlo bien, la puerta septentrional hasta el día de ayer se llamó de Italia; quien por ella pasaba en dirección á Lombardía, exclamaba: “¡Voy á Italia!”

—Y esto ¿qué le hace?

—Hace mucho. Rudo el Piamonte y groserísimo sobre todos los países, los Valles *valdenses*, ¿qué podía la palabra de la verdad en boca de tal gente? Hallábase des-

acreditada. A sus ministros, enviados para evangelizar aquí ó allá, los recibieron con silbidos y tronchos de col.

—¿Se mandaban por ventura personas sin educación, é ineptas para el ministerio de la palabra?

—¿Qué diré? Me consta únicamente que donde se pudieron establecer, alzaron sólo una llama de paja, viniendo después el frío, la muerte y el sepulcro. Tienen el pecado original de no ser italianos, ni por su carácter, ni por su lengua, ni por sus sentimientos. Hasta el día de ayer, se puede decir que sus doctrinas y sus libros de liturgia estaban en francés, siéndoles regalados desde Suiza, desde Francia y desde Alemania.

—Mas al fin el evangelio es evangelio, y la verdad debía siempre abrirse paso, añadió la Needle.

—Convengo. Mas si San Pablo delante del Areópago, en vez de filosofar, citando los poetas griegos, hubiese comenzado con una retahíla de solecismos, ¿qué hubiera pasado? Lo que precisamente pasa todos los días á los ministros valdenses. Estos apodan con el nombre de *Barbas* á los habitantes de sus montes, de donde proviene la denominación ridícula que les dan de *Bar*

bitas: por nuestra gran desventura, los *Barbas* siempre han seguido bárbaros. No han estudiado el tiempo presente, ni la Italia. Si á lo menos hubieran sabido marchar con la época, desbastarse, pulirse, asemejarse á los hombres civilizados, cultos, diestros, expedidos por las varias *confesiones* de Alemania, de América, y de Inglaterra principalmente, formando liga con ellos y haciendo causa común, la Italia estaría hoy cuando menos medio convertida.

—Me asombra lo que decís, señora Elvira.

—Lo siento mucho, prosiguió ésta, y estoy desolada de corazón. Más grave desventura no podía dificultar en Italia la obra de Dios. Quisiera engañarme y no creer lo que veo; mas los hechos son obstinados, se descubren con los ojos y se palpan con las manos. No podía suceder de otra manera. El mal no sólo está en la superficie: está en el fondo, en las entrañas mismas del *valdismo*, evidentemente no á propósito para lograr secuaces. ¿Cómo han de poder infundir la verdad en otros los que no tienen noción alguna clara y precisa de ella para sí propios? Las iglesias evangélicas tienen sus símbolos; por ejemplo, la vuestra tiene los treinta y nueve artículos, y no más; és-

tos siempre han ignorado en qué consiste el *valdismo*, y ahora no lo saben mejor que antes.

—¿Es posible?

—¡Demasiado! respondió Elvira con un gemido hipócrita. Por razón de mi empleo, he necesitado estudiar sus libros y su historia, pudiendo asegurarnos que hay en ella una increíble fantasmagoría. Primeramente, esto es, en el principio de su reforma eran papistas furibundos, y apenas supieron inventar alguna ligera variante, suficiente á romper con el Papa, que fué la única cosa buena que discurrieron; tales se conservaron durante siglos confesándose, adorando á la Virgen, recibiendo la santa Cena como verdadero cuerpo de Jesucristo, y así sucesivamente. Después algún rayo de luz consiguieron de Wiclef, y de los reformadores bohemos Huss y Jerónimo de Praga: en los días de Lutero se mancharon con ideas luteranas, mas pronto cayeron en las opiniones calvinistas; después amasaron ciertos emplastos de doctrina, semejantes á los sorbetes que tienen un poco de cada clase: había en ellos también algo de todo, menos de lógica y de claridad. ¿Cómo quereis con semejante doctrina

hacer impresión, conquistar y convertir las poblaciones?

—Sin embargo, dijo la Needle, en Inglaterra se recomienda de un modo extraordinario su fe y su virtud.

—En cuanto á la virtud, *transeat*, replicó la *evangélica*, sin apercibirse de su contradicción; mucho venero las virtudes de este pueblo sencillo y fiel al Evangelio; mas en cuanto á la fe, no me puedo engañar todo lo que quisiera. No diré nunca que profesen errores graves y perniciosos para su salvación: sólo aseguro que el símbolo *valdense* es un camaleón no fabuloso, que muda de colores según los tiempos. Las cosas vistas de cerca toman un aspecto diferente del que tenían miradas de lejos. Nosotros los *reformados* debemos poner la verdad sobre todo interés: la mala prueba que ha hecho el *valdismo* al evangelizar la Italia, no se puede poner en duda.

—¿Y los templos? ¿Y las escuelas para las cuales se reúne tanto en Inglaterra? ¿Son acaso castillos en el aire? preguntó mistress Needle.

—Nadie conoce como yo lo que ocurre, pues para fundar estas obras he puesto, no ya mi bolsa, sino todo mi tiempo, y frecuentemente mi salud, en medio de obstá-

culos, incomodidades y disgustos tales, que sólo se pueden sufrir por amor al evangelio. Estoy siempre al servicio de los valdenses; los ministros por su bondad tienen confianza en mí, como la tengo en ellos yo. Sin embargo, es preciso confesar que todos nuestros afanes lograron sólo erigir los edificios: en cuanto á llenarles y hacerles vivir (cosa que no me corresponde) hasta hoy ha sido un agujero en el agua. No hablo de los viejos valdenses, ignorados en Italia, de todo punto ignorados; hablo sólo de mi tiempo, de la era venturosa. Apenas el Piamonte alzó el estandarte de la libertad de conciencia, de varias partes, sacerdotes y frailes católicos instruidos, que no podían sufrir el yugo papal, se cobijaron á su sombra benéfica; vine también yo, perseguida en Toscana, por haber dado á leer algún buen libro, que me proporcionaron ministros anglicanos. Estos neófitos, naturalmente se arrojaban al *valdismo*: no podían hacer cosa mejor. El gobierno respetó la iglesia nacional *valdense*, llegando á cubrirla de favor y de fondos. Trasportado el Parlamento á Florencia, Rattazzi rechazó solemnemente la propuesta de apoderarse de lo que poseía la Tabla *valdense*, mientras se apoderaba de lo de la Igle-

sia católica, con aplauso de la Cámara y de la nación. Gozábamos del apogeo del favor público, sin que nada nos faltase; templos, escuelas y librerías brotaban de todas partes, gracias á los fraternales auxilios de Alemania, de América, y sobre todo de Inglaterra.

—¿Y no se obtuvo nada? preguntó ansiosamente la Needle.

—Y no se obtuvo nada. Cuantos en Italia tenían los ojos en los progresos de la Iglesia, llenábanse de esperanza; pedíase con grandes gritos que los valdenses se colocasen á la cabeza de la santa cruzada contra el *papismo*. ¡Qué! No supieron dar un paso digno y lógico; mientras en París, en Berlín, en Ginebra, en Zurich, y en toda la América, sin contar con la Gran Bretaña, que es la maestra, el evangelio era cada vez más extenso y conciliador, nuestros valerosos *barbas* montañeses sólo quisieron poner la Italia bajo su yugo y convertir la Tabla en una capital del protestantismo. La gente miraba en torno, y decía después: “Para ser tiranizados, vale más el Vaticano que la Tabla *valdense*.”

—Mas estas son las palabras, dijo la señora Needle, medio disgustada de la ma-

ledicencia suma; no puedo creer en tal tiranía. Quisiera oír los hechos.

—Preguntad por ellos al ministro de Turín, vuestro amigo y mío; sabreis como estuvo en vísperas de ser excomulgado por el sínodo, del cual es la columna más poderosa y la gloria más resplandeciente: es un hecho. Los valdenses, con dinero de la sociedad bíblica, lo intentaron realmente todo, y aun yo les ayudé personalmente para las fundaciones: ¿qué resta de sus proyectos? En Turín, en Génova, en Sampierdarena, en Niza, en Brescia, en Alejandría, en Asti, en Florencia, en Pisa, en Milán, se ven algunos de sus edificios desiertos el domingo, con sus pastores retribuidos grandemente para que los custodien durante la semana. Da pena sólo pensarlo. Ha sido forzoso, para salvar la reforma en Italia, establecer otras congregaciones libres de su yugo.

—¿Y el público conoce ya estas divisiones? preguntó la señora Needle.

—¡Ojalá no! respondió Elvira. Hácese lo posible para ocultar á los ojos profanos las disputas de familia. Mas demasiado se han traslucido en parte. Han circulado por la prensa provocaciones y defensas, réplicas y contrarréplicas. ¡Oh! ¿Qué se hace para

tenerlo todo escondido? Esto produjo como consecuencia escandalizar á los papistas, y reducir casi á nada las conversiones. Los valdenses recurieron entonces al medio indigno de poner precio á las conciencias, con desvergüenza tal, que ahora los católicos, no bien oyen que alguno se ha convertido, preguntan incontinenti: “¿Cuánto le han dado?” Es una ignominia. Aun en los asuntos religiosos se puede decir lo que de los políticos: “Se estaba mejor cuando estabase peor.”

—¿Cuándo?

—Quiero decir que cuando no había libertad de conciencia, ni prepotencia *valdense*, las conversiones se obtenían por la virtud de la predicación, siendo mucho más leales y duraderas. En Toscana, por ejemplo, trabajábase á escondidas, con algún peligro primero, con libertad creciente después, y al fin con la protección del gobierno del Gran Duque.

—¿Con su protección?

—Precisamente; aquellos valerosos ministros, que todos los días iban para ganar las indulgencias, á la Santísima Anunciación, nos favorecían tanto, que era una felicidad, á condición sólo de que no se metiera ruido: nos favorecían odiando al Pa-